CAPITULO V.

Al tercer dia que sin moverse de la cabecera de su hijo pasaba María entre la agonía del temor y los consuelos de la esperanza, sin que sus ojos se cerrasen ni hicieran otra cosa que verter lágrimas, sin que sus labios se abriesen para otra cosa que para orar, salió el paciente de su letargo, y dió señales de vida, esto es, suspiró é hizo algun movimiento.

Bernardo habia pronunciado algunas palabras, y su madre se inclinó hácia él, prestó el oído y pudo distinguir las siguientes:

Alli salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia...

—¡Tu relacion, Verónica!—exclamó María.—¡Aquella que decias cuando eras pequeña! ¡Retrocede, hijo de mi alma,—añadió, dirigiendo sus palabras al enfermo,—retrocede al tiempo de tu inocencia! ¡No lo creas imposible, y por eso no te desanimes, hijo de mis entrañas! El arrepentimiento y la enmienda nos abren nueva vida; y el padre sienta al hijo pródigo que lo implora á la cabecera de su mesa. Así lo ha dicho el mismo Dios hecho hombre, brindándonos el perdon, que á tan poca costa podemos adquirir, pues

Al que llorando, á Dios suspira y pide,
Siempre le acoge y nunca le despide.

—¿Quién me habla de Dios?—dijo el paciente, abriendo los ojos y fijándolos en María.—Mi madre. ¡Quién habia de ser sino mi madre!!

—Es mi obligacion, hijo de mi alma.

—¡No me digais hijo!—exclamó Bernardo.

—¿Y por qué no, ingrato?

—¡Porque no merezco serlo!

Diciendo estas palabras, el enfermo prorumpió en un amargo llanto y tuvo una fuerte congoja.

—La debilidad,—dijo el cirujano, que entraba en aquel momento.

—¡Dios, que por la intercesion de su Santa Madre, abogada de todas las madres, le toca en el corazon!—exclamó María entre sus lágrimas de gozo.—¡Pues qué, señor! ¿Sólo el cuerpo influye en nosotros?

—Un poco de vino,—mandó el cirujano.

—¡No, no!—exclamó Bernardo.—¡No quiero volver á probarlo en mi vida!

María cruzó sus manos con exaltada gratitud, y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Antonio, desde la mansion de los justos bendice á tu hijo, y retira el terrible fallo que te infundieron tus temores!

—¡Vamos allá!—dijo riéndose el cirujano al paciente.—Todo Enero es buen alcalde. No vuelvas á beber vino cuando estés restablecido; me parece bien; pero ahora toma este poco, que te lo mando yo por medicina. En seguida que tome una taza de caldo, y que no se le hable, ni se le consienta hablar. ¿No se lo dije á usted, tia María,—añadió el cirujano al despedirse,—no le dije á usted que, á pesar de la gravedad de la herida, sanaria? Mala yerba nunca muere.

María suspiró al volver á recomendar el cirujano que no se hablase al enfermo, conociéndo que perdia los mejores momentos para atraer á su hijo al bien y á la religion de que únicamente aquél dimana, sobre todo en el pueblo, para el que no han podido hallar todos los filósofos antiguos ni modernos otro código de moral que comprenda, que le mueva, que le convenza, que le simpatice, ni que le hable al alma y al corazon cual éste; lo que, áun faltando la revelacion, probaria su orígen divino.

Algunos dias despues ya se hallaba Bernardo en plena convalecencia.

—¿Con que, hijo mio,—le decia una mañana María,—no beberás ya más vino?

—En la vida de Dios, madre; que más de cuatro cosas no he hecho yo, sino el compañero que traia (1).

—Lo sé, hijo, lo sé; porque sé tambien que tú no eres malo: la mocedad, el vino, las malas compañías, todas las asechanzas del enemigo... Ya confiaba yo en la Vírgen, la que tanto vale con el que tanto puede; y para que tú te cerciores de este valimiento, y cobres buen ánimo y confianza de que Dios te ha de perdonar si arrepentido se lo pides, te voy á contar un ejemplo.

«Habia una vez una pobre viuda, que no tenia mas que un hijo, y era éste un facineroso de los más sonados. La pobre madre se moria de pena, y no comia un pedazo de pan que no estuviese empapado en sus lágrimas. No tenia la desgraciada más refugio, más consuelo, ni más esperanzas, sino en sus oraciones á la Vírgen, para que se apiadase de aquel perdido sin fe ni ley, y le volviese á traer al santo redil del Buen Pastor. Entre tanto, aquel perdido seguia en su mala vida asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que, perseguido y acosado por la justicia, no hallaba albergue en que hospedarse, ni guarida en que refugiarse. Huyendo, pues, sin saber dónde esconderse, se internó por esos andurriales de Dios, y llegó á un yermo solitario en

(1) El vino.

que habia una capilla. Como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar. Apoyóse en una columna, y levantó la vista hácia el altar, sobre el que se veia una hermosa imágen de bulto de la Señora con el Niño en brazos. Mirábala el facineroso, apartaba la vista y la volvia á mirar. Al verla con el Niño en brazos, se acordaba de su madre, y una angustia amarga fué creciendo y subiendo más y más en su corazon, como la marea del mar. ¡Queria sacudirse, y no podia; queria irse, y se volvia!... Porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y tanta compasion, que parecia rogarle que no se fuese, hasta que, brotando copiosas lágrimas de sus ojos y doblándose sus rodillas, cayó postrado clamando:

—¡Misericordia, madre mia, misericordia!

Al verle postrado y derramando muchas lágrimas, la Vírgen le dijo al Niño:

—Hijo mio, perdona á este pecador arrepentido.

Pero Jesus respondió:

—No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El malhechor, que esto oia, se golpeaba el pecho, sollozaba y exclamaba:

—¡Madre de Desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares Tú tambien, Refugio de pecadores; así me enseñó mi madre á llamarte, aquella madre que tanto confiaba en tu intercesion.

—¡Hijo,—tornó á decir la Vírgen,—por su madre, que fué tan devota mia; por sus lágrimas, y por la preciosa sangre que derramaste para redimir al pecador... redime al que á tus piés ves postrado!

El infeliz pecador, al oir esto, se echó al suelo golpeándose su frente contra las losas del pavimento y gritando:

—¡Madre mia! ¡Madre mia! ¿Me he de condenar? ¿Serán para siempre cerradas las puertas del cielo al que, aunque tarde, abre los ojos á la luz y detesta sus culpas?

—Hijo, ¿desde cuándo eres sordo á la voz del arrepentimiento?—dijo la Vírgen.—¿Qué más que otro ha hecho este pecador?

—Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.

—Ahora se le humilla, y le adora postrado.

—Ha profanado mi templo.

—Ahora le consagra y purifica con sus lágrimas.

—Ha causado grave escándalo y mal ejemplo.

—Ahora edificará con su conversion.

—Ha sido mal hijo.

—Su madre le ha perdonado.

—Sus crímenes son muchos.

—Más son sus lágrimas de contricion.

Y bajándose la Señora del altar, puso sobre él á su Hijo que tenia en brazos, se hincó de rodillas y le dijo:

—¡Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué haceis, qué haceis, Madre mia?—dijo el Niño, alzando á la Señora.—¿Quién vió nunca á una Madre arrodillarse ante el Hijo que parió? Alzad, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oir esta misericordiosa sentencia, el pecador alzó los ojos, abrió enajenados los brazos, dió un grito de júbilo, y murió, porque su dolor fué tal, que le habia partido el corazon en el pecho».

Ya ves, hijo,—añadió María,—que no hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido contrito que muere cristiano.

—¡Lo que es tener una buena madre!—dijo Bernardo.

—Y esa la tenemos todos en la Vírgen Santísima,—repuso María.

Pocos dias despues, y cuando iba convaleciendo de cuerpo y alma, fué preso Bernardo y llevado á la cárcel, pues aunque su contrario no habia muerto, aparecia Bernardo, segun las declaraciones, como el agresor.

¡Qué contraste y qué escuela y ejemplos iba á tener aquel hombre naturalmente mal inclinado!

Renunciamos á pintar el dolor de su infeliz madre.

CAPITULO VI.

Un año despues estaba la desdichada madre casi ciega, destruida y enferma, pero paciente y sumisa, oyendo á Verónica, que le leia una carta escrita en papel fino y con buena letra. En el devastado semblante de aquella mujer, viva imágen del sufrimiento, se veia una dulce expresion de consuelo, que si bien no brillaba en sus casi apagados ojos, posaba en suave sonrisa sobre sus labios.

—Siempre, hija mia,—dijo la pobre madre,—hay que dar gracias á Dios, que nunca hiere con dos manos. La herida que ébrio hizo mi hijo á Juan de Silva, que se creyó mortal, no lo ha sido, y Dios le sanó en su infinita misericordia! ¡Loado sea! Que no tiene mi hijo una muerte sobre su conciencia! Fué condenado el pobre por cuatro años al presidio de Melilla, y una buena alma consiguió que viniese

al Trocadero, donde están los presidiarios trabajando; así podemos ir á verle á menudo. Está el infeliz desesperado, por tener que estar cuatro años en presidio, y me amenaza de continuo con que se fugará conforme se le presente la ocasion, sin atender á las razones que le doy para hacerle ver que eso sería peor, y que debe sufrir su condena con paciencia y resignacion. Y mira tú ahora cómo esa señora tan rica y tan principal que estuvo aquí este verano á los baños de mar, á la que tu madre habló de mi desgracia, y que prometió que haria cuanto pudiese por aliviarla, ¡mira con qué eficacia y con qué caridad lo ha hecho! ¡Cómo ha hablado su señoría á todos los gobiernos, ha escrito á Sevilla á los justos jueces, y cómo se toma el trabajo de escribirme de su puño y letra para consolarme y decirme que en pocos meses cumplirá mi hijo su condena, que le ha sido acortada por ruegos y empeños que ha hecho su mercé hasta llegar al Regente, á quien ha expuesto que soy una pobre viuda, casi ciega y enferma, que no tiene quien la mantenga, ni más amparo que ese solo hijo!

—¡Ojalá y lo fuese!—murmuró suspirando su sobrina.

—¡Y que haya—prosiguió la excelente anciana—pobres díscolos, de malas y desagradecidas entrañas, que se pongan á murmurar de los ricos, sin más razon que la de no serlo ellos! Estoy para mí, Verónica, que estos mismos que los motejan, si ricos

fuesen, y los ricos pobres, los habian de tratar con harta más soberbia y altanería, y con ménos caridad que son tratados ellos. En particular las señoras, nunca, nunca desmayan cuando toman á su cargo una obra de caridad. Allá se lo hallarán, que Dios es buen pagador. El Señor le pague á esta bienhechora lo que ha hecho por mí, y le dé á ella y á todos los suyos salud para hacer muchas obras de caridad, y la gloria, que es su recompensa.

—Bien se lo puede usted agradecer,—dijo Verónica,—que gran favor ha alcanzado.

—Verdad es,—repuso María.—Pero, hija mia, ¿no basta para castigo de lo que ha hecho, sin saber lo que se hacía, porque quien allí obraba no era él, como lo confesó, sino el compañero que llevaba; no basta, digo, un año de grillete en aquellos piés, que tanto he besado cuando era chico y lo tenia en mis faldas? ¡Ay! ¡Que no permanecieran siempre pequeños en sus cuerpos y ángeles en sus almas los hijos! ¡Crecen para penas! Verónica,—continuó la buena madre,—quisiera ir yo misma á llevarle esta carta á mi hijo.

—¡Señora!—repuso su sobrina.—Tan mala como habeis estado y estais, con la debilidad que teneis despues de tantos dias de no comer, cuando apénas os podeis tener en pié, ¿quereis hacer esa caminata? ¿No veis que no puede ser?

—¡Sí, hija, sí! ¿No sabes que la alegría da fuerzas? Pero en fin, por si no pudiese llegar á pié, anda,

hija mia, vé á ver si está en su casa Miguel Santos, el lanchero, y si en caridad de Dios me quiere llevar en su lancha.

Verónica se tocó el pañuelo, y fué á buscar al lanchero, con el que volvió al cabo de un rato para que entre los dos condujesen á su tia al embarcadero.

—Solamente por usted, tia María, me movia yo hoy. He estado esta noche pescando con hachon, y queria descansar. Ademas, tengo el ánimo perturbado, porque la noche ha sido de prueba; y puede usted creerme, que el lance no ha sido para ménos, y eso que nadie lo sabe sino quien lo pasa.

—¿Y qué le ha acontecido á usted, señor? Que la noche ha estado serena y apacible, como tengo yo hoy mi ánima, gracias á Dios y á las buenas almas,—dijo María.

—Sabrá usted—repuso el lanchero—como estando yo en mi lancha pescando en el caño del Trocadero, á eso de las doce de la noche oí hácia los centros de las albinas un són tan lastimero que se me heló la sangre en las venas. Yo no acertaba en lo que podria ser aquel són: si era el aullido de un perro, si el graznido de algun ave de la noche venida por esas mares de lejanas tierras, si el quejido de alguna criatura, ó si el gemido de algun alma en pena, porque la distancia de donde venía era grande; y si á mí llegaba era porque la noche estaba más serena y más callada que la muerte. Bien

sabe todo el que conoce á Miguel Santos que no es de los que vuelven la espalda cuando hay peligro, ni de los que se perturban por poca cosa; pero puede usted creerme que el vello se me erizó de piés á cabeza, y me persigné como cristiano, porque tampoco soy de aquellos que no le temen ni á Dios ni al diablo. Así fué que me serené, y me puse á escuchar por si me podia cerciorar de lo que era aquel clamor. Pero entónces fué peor, porque poco á poco vine á caer en que era una voz de criatura que empezaba con los brios del que llama, y remataba con el desconsuelo del que se queja. Lo grande era que lo oia siempre el mismo, á la misma distancia y hácia el mismo punto, sin variar, sin otro ruido alguno, como la campana de la agonía. Me discurrí si serian señales de contrabandistas; pero no, no podia equivocarse! Aquel era un gemido como no permita Su Divina Majestad que vuelva yo á oir otro en mi vida! Cada vez que lo oia, me levantaba en peso como una sacudida! Ni podia pescar, ni podia parar, ni hacer otra cosa que encomendar aquel desgraciado á la clemencia de Dios, porque ya le he dicho á usted que estaba la noche más negra que la conciencia de Júdas, y que aquel gemido sonaba muy léjos de donde me hallaba ya, hácia las rabizas y los barriales en que se hunden las criaturas, y por entre los cuales sólo puede andar de dia y con mucho cuidado el que conoce los sitios, pues en dando uno en un barrial, de Dios le venga el remedio!

El lanchero hizo una pausa, y levantó el cabello de su frente, como si ésta le ardiese.

—Pero, señor,—dijo María, llena de profundo interes y compasion al escuchar el relato,—¿usted ha averiguado lo que ha sido?

—Sí señora,—contestó el lanchero,—que el alba con sus luces vino á confirmar lo que rato habia me estaba dando el corazon. Es de advertir que á medida que pasaron las horas se fueron debilitando y extinguiendo los clamores; pero como yo no habia perdido el norte, me desembarqué, y como pude me encaminé hácia allá, porque conozco las albinas y marismas como las palmas de mis manos. Lo que me presumí habia sucedido: un infeliz, ó ignorante del peligro, ó más temerario que el vino, habia venido á dar en una rabiza y se habia hundido poco á poco, pero sin descontinuar, en su sepultura! Toda la noche habia durado ese entierro de un vivo, y el barrial se lo habia tragado, sin dejar mas que un brazo que el desdichado habia levantado como para señalar su sepultura.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué desgracia!—exclamaron á un tiempo Verónica y su tia.—¿Y quién será ese infeliz?

—No puede ser—repuso el lanchero—sino uno de los presidiarios que han traido al Trocadero, que habrá querido escaparse esta noche.

Entró en este instante un encargado del presidio.

—Vengo—dijo ásperamente—á registrar la casa.

—Señor... ¿por qué?—preguntó sobresaltada María.

—Porque su hijo de usted se ha fugado esta noche.

María dió un agudo grito, abriendo las manos, extendiendo hácia adelante sus brazos, como si quisiera apartar de sí una espantosa conviccion.

—¿Qué tiene?—preguntó el encargado.—¿Qué es esto?

—Es—respondió el lanchero—que el que se fugó erró la senda; dió en un barrial, y se ha enterrado vivo.

—¿Lo sabeis de cierto?

—Estuve, puede decirse presente,—respondió el lanchero,—sin tener ni haber medios humanos de remediar la desgracia. Id á la albina, y si no se lo ha tragado ya la tierra, vereis un brazo que dice: «Aquí yace un cristiano».

El encargado salió.

María, que habia enmudecido un momento como anonadada por la fuerza del golpe, se levantó ahora bruscamente con la energía de la desesperacion.

—¡Hijo! ¡hijo mio!—gritó.—¡Hijo de mi vida! ¡hijo de mi alma! ¡hijo de mis entrañas! ¡Hijo! ¡hijo! ¡Qué habrá sufrido, María Santísima! ¡Qué desamparo! ¡Qué desconsuelo! ¡Morir sin auxilio divino ni humano! ¡Y yo que te parí, dormia! ¡Y yo que soy tu madre, no te prestaba auxilio! ¡Ay, Dios del cielo, Dios del cielo! ¡Qué bien lo dijo su padre: *Mal fin*

ha de tener! ¡Ay, ay, que los fallos de los padres son profecías! ¡Ay, ay, que el dolor me ahoga, que el dolor me mata! ¡Qué dolor! ¡qué dolor! ¡Ay de mí, madre infeliz! ¡Ay, hijo desventurado! ¡Dios nos ha desamparado á ambos!

—¡Tia, tia!—exclamó Verónica entre sus lágrimas.—Dios no desampara á nadie.

—¡Pues que me ampare, que me ampare!—gritó en ahogada voz la infeliz madre.

—Decid ántes, como hija sumisa, *cúmplase su voluntad*,—dijo sollozando la religiosa Verónica.

—¡Cúmplase!—repitió cruzando con un temblor convulsivo sus manos la desesperada madre.—Y si, cual el hijo de mi alma, he de morir sin consuelo... ¡cúmplase! ¡cúmplase!

—Uno os queda,—dijo en voz grave y conmovida el lanchero.

—¿A mí? ¡No lo hay para mí!—gimió María.

—¿Y no lo sería—dijo el lanchero—la seguridad de que hubiese muerto como cristiano?

—¡Ah! ¡Si esa la tuviese yo!... ¡Si la Vírgen Santa hubiese oido la peticion de toda mi vida, desde que madre soy!...

—Pues podeis tenerla,—dijo el lanchero.

—¿Qué? ¿qué? ¿Que la puedo tener?—murmuró la madre con una emocion que ahogaba la voz en su garganta.—¿Quién me lo asegura?

—Yo, que sé su último pensamiento,—dijo el lanchero.

—¿Lo sabeis? Pero... ¿cómo lo sabeis? ¡Decidlo por Dios, decidlo!...

—Porque lo manifiesta la cruz que con sus dedos tenia formada, y que cruzados quedaron despues de muerto, y alzados sobre su sepultura para atestiguar que murió como cristiano, esto es, arrepentido de sus culpas, creyendo, amando y esperando en Dios.

La ferviente cristiana cayó de rodillas, cruzó sus manos y exclamó:

—¡GLORIFICADO SEA DIOS! ¡Y bendita Tú, MADRE DE MISERICORDIA, que oiste mi ruego y alcanzaste que se cumpliera, pues la muerte de mi hijo ha sido la de un cristiano! ¡Bendita sea la Providencia de Dios, que me ha enviado MI ÚLTIMO CONSUELO!

La pobre madre cayó hácia adelante con el rostro en tierra. Cuando la levantaron era cadáver.

Su débil vida, mortalmente lastimada por el golpe cruel que habia recibido su corazon, y á la que sólo sostenia la vehemente energía de su dolor, se habia extinguido cuando aquélla cedió, al recibir su ÚLTIMO CONSUELO.

FIN.